

EL AMOR EUCARÍSTICO DE BEATA IMELDA Un testimonio místico para todos los tiempos

Diego Pereira Ríos¹

El 13 de mayo celebramos la fiesta de Beata Imelda Lambertini: la memoria de una pequeña niña que deseaba recibir la Primera Comunión y además vivir enteramente para Dios. Esta fiesta la vivimos en medio de este tiempo de cuarentena, tiempo que los católicos nos hemos visto imposibilitados de poder acudir a la celebración comunitaria de la Eucaristía y de recibir el Cuerpo de Jesús sacramentado. Con todo esto: ¿en qué puede ayudarnos el testimonio de una pequeña niña de 12 años, que vivió en otra época, en referencia a la Eucaristía? ¿Qué tiene para decirnos una beata de inicios del siglo XIV? ¿Qué nos puede significar el amor que le tenía a la Eucaristía? Creo que es un hermoso testimonio que nos puede ayudar a reflexionar, meditar y crecer en amor a Jesús, con algunas claves de la experiencia mística.

Lo que se sabe de María Magdalena Lambertini

Magdalena nació en 1322² en Bolonia, Italia. Su padre fue el Conde Egano Lambertini de Boloña y su madre la Condesa Castora Galuzzi. Desde pequeña quería entrar al convento y consagrar su vida a Dios, algo acostumbrado en la época. Pero lo que más le movía era el gran deseo de recibir la Primera comunión. Muy entregada a la devoción, se nos cuenta que en su casa tenía pequeños altares donde pasaba largos ratos en oración. Convencida de lo que quería, a los nueve años entra al convento de Val di Pietra y con diez años toma el hábito bajo el nombre de Imelda. Dentro del Convento se decía que cumplía con todo los quehaceres de las monjas, desde las actividades propias de la casa, como acudir a las oraciones litúrgicas, todo con profunda ejemplaridad. Así fue que, por su devoción y dedicación, llamaba la atención de sus hermanas.

Ante su gran deseo de recibir la comunión, como aún no tenía la edad mínima para hacerlo, ya que en esa época se podía recibir la comunión a los catorce años, dice la tradición que le preguntaba muy seguido a sus hermanas: "*Hermana, ¿la señora comulgó a Jesús y no murió?*". Todo ello en una inocencia admirable pero de un profundo reconocimiento de la presencia de Jesús en la Eucaristía. Sus hermanas le preguntaban: "*¿Qué es eso, niña, por qué morir?*". La pequeña religiosa respondía: "*¿Cómo puede la señora recibir a Jesús en comunión, y no morir de amor y de tanta felicidad?*". Vemos en esto un rasgo muy propio de la espiritualidad dominica: "*Imelda fue a la escuela de los grandes maestros de la espiritualidad dominicana y, aunque no se sabía nada de su vida interior, podemos suponer cuán ferviente y cuánta devoción participó en la oración diurna y nocturna junto con las hermanas de su monasterio. En el centro de su sólida piedad estaba ciertamente el culto eucarístico alimentado ya dentro de su familia y su ciudad*"³.

Su corta vida –aproximadamente 12 años– se revela en un acontecimiento fundamental. Un día compartía la celebración de la Eucaristía con sus hermanas y "*en el momento de la Comunión una hostia se elevó fuera del ciborio y se vino a detener sobre la cabeza de Imelda. El sacerdote se acerca con la patena y la bendice antes de dársela a consumir a la niña. Imelda se prosterna, y cuando las hermanas vinieron a revisarla para llevársela, la encuentran muerta con la cara en un éxtasis*"⁴. Se afirma que "*murió «aún jovencita», el 12 de mayo de 1333. Su cuerpo se venera desde 1799 en la iglesia de San Segismundo de Bolonia. Su culto fue confirmado en 1826. Pío X la declaró patrona y modelo de los niños que participan por primera vez sacramentalmente de la Eucaristía*"⁵.

Lo que nos dice hoy Beata Imelda

Retomando la pregunta ¿qué nos puede decir a nosotros, cristianos del siglo XXI, en medio de este tiempo de cuarentena, el testimonio de esta pequeña niña religiosa dominica? Intentando superar la distancia temporal y quitando los ropajes que la tradición les asigna a los santos, podemos recuperar su humanidad y proponerla a los niños, adolescentes, jóvenes y adultos de hoy como un ejemplo. Lo podemos hacer partiendo de lo que nos dice el Papa Francisco: "*Los santos que ya han llegado a la presencia de Dios mantienen con*

¹ Profesor de Filosofía y Religión, Catequista y Coordinador de Pastoral de Secundaria del Colegio Beata Imelda de Montevideo, Uruguay. Maestrando en Teología Latinoamericana en la UCA de El Salvador y es autor del libro: "La fuerza transformadora de la esperanza", Nueva Visión Editorial, 2016.

² No hay unanimidad ni exactitud en cuanto a los datos biográficos. Todos los citados son aproximados.

³ Tomado de <http://www.domenicanedisansisto.org/web/index.php/it/beata-imelda-lambertini>

⁴ Tomado de https://santoral.wikia.org/es/wiki/Beata_Imelda_Lambertini

⁵ Tomado de <https://www.dominicos.org/predicacion/evangelio-del-dia/13-5-2016/beata-imelda-lambertini/>

nosotros lazos de amor y comunión” (GE 4), ya que lo que Imelda nos regala como primera impresión es esa amistad de una niña-adolescente que nos contagia ese amor puro por Dios y que también nos contagia esa necesidad de recibir a Jesús Eucaristía. Pero sin duda también hay un aire místico en todo esto, algo de lo que hemos perdido en el tiempo actual. Como afirmaba el teólogo Karl Ranher: “*el cristiano del futuro o será un místico, es decir, una persona que ha experimentado algo, o no será cristiano*”⁶, hoy en día necesitamos ver en los beatos y santos algunas pistas de esa mística en la cual fueron envueltos por el amor de Dios. Propongo algunos puntos para reflexionar, a partir del testimonio de Beata Imelda.

Recuperar la inocencia de la niñez. En un mundo de actividades, agendas y responsabilidades, hemos obligado a nuestros niños y adolescentes a la exigencia de la responsabilidad, muchas veces confundida con la idea de adultez. Como adultos hemos perdido inocencia, de ser sorprendidos por lo nuevo, de ser conquistados por el mismo Dios sin aviso. Nuestra tradición occidental ilustrada, nos ha alejado de la capacidad de asombro ante lo nuevo, de dejarnos llevar por la intuiciones que exceden la razón y que pueden hacer vibrar todas las fibras de nuestro ser. Hemos racionalizado en demasía la vida espiritual muchas veces separándola de nuestra humanidad. El testimonio de Imelda nos ayuda en este sentido a lograr quitarnos las caretas que nos ponemos, para ir con sinceridad y transparencia ante Dios, con la consiente humildad de nuestra pequeñez. Esto es seguir el mismo consejo de Jesús que nos invita a ser como niños si queremos entrar el Reino (Mt 18, 3), no es inmadurez ni perder seriedad: es recuperar la originalidad de la naturalidad con la cual venimos al mundo y que vamos perdiendo con el tiempo.

El desafío del místico cristiano tiene como sustento la humanidad individual pero el auxilio de la Gracia que nos acompaña y nos hermana. Como explicaba Juan Pablo II, abrimos a la mística “*significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia*” (NMI 38) que nos antecede en el tiempo cronológico, pero nos sostiene en la eternidad de Dios. De esta manera “*captamos la densidad que pasa, la autenticidad de lo que vivimos y lo que puede encerrar la novedad*”⁷. Por eso no avergonzarnos de lo que somos, de nuestra incomprensión, de nuestros enojos, cansancios y fracasos. Al contrario: alegrarnos de nuestra humanidad, de la vida que late fuerte en nosotros y nos impulsa con brío a lanzarnos a probar caminos nuevos para acercarnos a Dios, que a veces nos llevan a la equivocación, pero es justamente parte del camino. Aprender a jugar, a estar disponibles, a ser sinceros y expresar lo que sentimos y pensamos. En todo ello, Imelda nos da un buen ejemplo: siguió su corazón inocente y fue hacia Dios sin muchas seguridades. Nosotros podemos hacer lo mismo.

Trabajar por una decidida voluntad de seguir a Jesús. En la historia de la Iglesia sobran ejemplos de mujeres que se opusieron a muchas contras para poder seguir su camino, con una firme convicción que movió su voluntad hacia Él. Santa Catalina de Siena, Santa Teresa de Jesús, Santa Teresa de Calcuta, son apenas unos ejemplos. También en este grupo está Imelda que, aun siendo niña, estaba marcada por una naturaleza femenina que tiene características propias. Dice el Papa Francisco acerca de la santidad de las mujeres: “*Dentro de las formas variadas, quiero destacar que el «genio femenino» también se manifiesta en estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo. Precisamente, aun en épocas en que las mujeres fueron más relegadas, el Espíritu Santo suscitó santas cuya fascinación provocó nuevos dinamismos espirituales e importantes reformas en la Iglesia*” (GE 12). Imelda es muestra de que la elección de Dios supera toda comprensión humana: necesitaba sí, el permiso de sus padres, la aprobación del convento, pero ella estaba convencida de lo que Dios puso en su corazón y dirigió hacia él todas sus fuerzas.

En un tiempo de desgaste y cansancio, de trabajos sin aparentes frutos, todos nos preguntamos para qué seguir esforzándonos. En un tiempo donde corremos sin cesar y nos domina la *rapidación* de la vida (LS 18), debemos aprender a frenarnos y redirigir nuestras energías en función de lo que deseamos alcanzar. El místico cristiano debe saber elegir el momento del día y el lugar en donde detenerse, pero no solo su cuerpo, sino también su mente y su espíritu. Frenarse para dejarse alcanzar por Dios, que camina despacio, que habla en el silencio. Allí podemos escuchar la voz de Dios como dulce melodía, aquella que San Juan de la Cruz llamó “la soledad sonora” en su Cántico Espiritual. Es un descansar en Dios, es sostenerse en Él, en su voluntad para que refresque y anime la nuestra. Y, desde esa presencia amorosa, retomar la decisión primera de seguirle, de serle fiel en medio de las incertidumbres, de quedarse con Él. Como decía un contemporáneo

⁶ Ranher, Karl, *Espiritualidad antigua y actual*, en *Escritos de Teología, Tomo VII*, Ediciones Taurus, Madrid, 1969, p. 25.

⁷ Arnaiz, *Místicos y profetas. Necesarios e inseparables hoy*, Ed. PPC, Madrid, 2004, p. 125.

Maestro de la Orden Dominicana: “*La finalidad de la vida cristiana es justamente estar con Dios*”⁸. Imelda estaba decidida a que en el convento estaría con Dios, y su decisión fue coronada por una voluntad firme, respaldada por la Gracia de Dios.

Su amor incondicional a Jesús Eucaristía. En este tiempo de cuarentena los católicos nos hemos visto impedidos de poder comulgar, de estar presencialmente en la celebración de la misa y recibir a Jesús Sacramentado. Ello ha hecho que se pronunciaran posturas desencontradas sobre el tema de la comunión espiritual. Justo en este punto el testimonio de Imelda tiene mucho que decirnos: si tenía una voluntad firme, fue porque tenía un enorme deseo de comer del Cuerpo y beber la Sangre de Jesús. Consciente de no cumplir los requisitos para poder comulgar, Imelda se sintió atraída por el amor de Jesús. Su deseo fue irrefrenable hasta el final, pues lo amaba y no renunció a ese deseo nunca. Como decía un gran místico “*El amor no quiere otra recompensa que el amor recíproco; por eso Dios, para su amor, no pretende de nosotros otra cosa que sea nuestro amor*”⁹, e Imelda estaba dispuesta a retribuir el amor de Dios con la entrega de su propia vida, toda entera a él. En el fondo, Imelda se encuentra en Dios, como afirmaba Benedicto XVI: “*El amor es divino porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en Nosotros*” (DCE 28).

Según lo que nos cuenta la tradición, Imelda vive la experiencia mística de recibir el Pan bajado del cielo (Jn, 33), pan que da la vida eterna, pan que alimenta y transforma la vida de quien lo recibe. El deseo de amor de Imelda la hace recibir el premio tan buscado: recibe a Jesús, el Pan de vida, que vino a ella para vivir para siempre. Todo comienza en ese profundo deseo: “*es necesario empezar por el deseo de querer alcanzar a Dios. Y este esfuerzo más que intelectual debe ser afectivo*”¹⁰. Porque “*en la Eucaristía es Cristo que se nos entrega, edificándonos continuamente como su cuerpo*” (SCa 14), desde ese momento Imelda ya no pertenece a este tiempo pues comenzó a vivir para la eternidad de Dios. Como afirmaba otra mística de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX: “*De este contacto con Dios en cada momento nace entonces un instante perpetuo, una unión constante a Dios a través de todo. Aunque esté absorbido por la vida activa, el alma permanece con Jesús*”¹¹. Imelda nos invita hoy a colocarnos antes Dios, quizá sin poder comulgar, pero reconociéndolo como Señor del tiempo y del espacio que trasciende toda limitación para saciar nuestro deseo de él.

La receptividad como rasgo místico. No basta buscar a Dios. Debemos hacerlo con profundo deseo y firme voluntad. Pero también estar preparados para recibirlo y muchas veces el encuentro nos supera, nos descoloca. En medio de una cultura de la imagen donde estamos siempre mirando hacia afuera, se trata de aprender a educar la mirada hacia Dios. La forma eucarística que se acercó a Imelda seguramente encandiló de tal forma, que nadie podía negar el hecho del cual eran testigos. También nosotros, si estamos dispuestos “*podemos quedarnos ciegos de repente por un exceso de luz que llega desde Dios y nos hace ver*”¹² una nueva realidad con ojos nuevos, con ojos de esperanza. Se trata de aprender a percibir a Dios en medio de la cotidianidad, en medio de los avatares de la vida. Esto implica estar abiertos a la novedad de Dios, a la irrupción de nuestra percepción de la realidad y darle a Dios el lugar de Dios.

Jesús dijo: “*Si alguien me ama cumplirá mi palabra, mi Padre lo amará, vendremos a él y habitaremos en él*” (Jn 14, 23). Esta experiencia de recibir la visita de Dios tiene un paso previo: el deseo de recibirlo, pero que parte del mismo deseo de Dios. Es lo que De Chardin llamó *receptividad*. El místico francés afirmaba que “*la experiencia mística es totalmente concedida, mantenida y dirigida únicamente por Dios. El gusto de vivir, fuente de toda pasión y de toda visión, aun divinas, no nos pertenece...*”¹³. La capacidad receptiva de Imelda, vivida en la pequeñez de su inocencia, tiene por detrás la mirada atenta de Dios, que vio el deseo de su corazón de unirse a él y de formar un solo cuerpo por medio de la Eucaristía. Por eso, ella logra verlo y contemplarlo pues “*El amor permite reposar la mirada, volver una y otra vez sobre la*

⁸ Radcliffe, Timothy, *Una vida contemplativa*, Ed. San Esteban, Salamanca, 2001, p. 49.

⁹ Von Balthasar, H. Urs, *Sólo el amor es digno de fe*, Editorial Sígueme, Salamanca, 1990, p. 99.

¹⁰ Álvarez-Suárez, Aniano, *Pedagogía mistagógica de la oración*, Edit. Monte Carmelo, Burgos, 1989, p. 6.

¹¹ En Lafrance, Jean, *Aprender a orar con Isabel de la trinidad*, Editorial de espiritualidad, Madrid, 1984, p. 111.

¹² González, Benjamín, *Ver o perecer. Mística de ojos abiertos*, Ed. Sal Terrae, 2006, p. 116.

¹³ En Kelly Nemeck, F., *Receptividad. De San Juan de la Cruz a Theillard de Chardin*, Editorial de espiritualidad, Madrid, 1985, p. 159.

realidad amada, para ver lo que el ojo simple no es capaz de percibir"¹⁴. Imelda nos invita a vivir en actitud receptiva, abiertos a la llegada de Dios de forma impredecible. Pidamos la gracia de que nuestro deseo de recibirlo, nunca se acabe, y sea sostenido por su deseo de visitarnos.

Conclusión: una mística para los más jóvenes

En este tiempo de cuarentena donde la gran mayoría de niños, adolescentes y jóvenes se ven prohibidos de poder salir a pasear, de divertirse a su manera, de compartir lo propio de sus grupos, Beata Imelda les hace una invitación: *busquen a Dios con sincero corazón y él vendrá a ustedes. Sí, allí en medio de sus tareas de clase, en cualquier lugar de su dormitorio o de la casa, Dios quiere y puede visitarlos*. Tienen que disponerse. Quizá corremos un riesgo de confundir el final de la vida de la pequeña beata que murió al recibir la Eucaristía. No, no se trata de buscar a Dios para morir, sino para vivir. Pues aunque en el caso de Imelda podemos entender que *"morir en plena juventud, cuando el proyecto de vida está aún incompleto [...] es un drama, con sabor a fracaso y frustración"*¹⁵, justamente hoy la recordamos porque su entrega –como la de Jesús– tenía un valor escatológico: vivir para Dios en la eternidad. Y desde que conocemos su ejemplo somos invitados. Como dice el Papa Francisco: *"Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante"* (GE 138).

Sabemos muy bien que los jóvenes posmodernos son mucho más sensibles a la búsqueda de Dios, pero no a través de normas y doctrinas, sino que buscan hacer experiencia de Dios, desde su misma necesidad de trascendencia. Esta es la base desde donde podemos partir para ayudarlos pues ellos están receptivos a dejarse llenar con Dios para que poder encontrar un sentido a sus vidas. Justamente –según Mardones– por no buscar una religión racionalizada, *"nace la posibilidad de ser acogido por algo totalmente distinto, lo que antes estaba fuera y lejos de nuestra conciencia, de repente se muestra dentro"*¹⁶. Como también les habla el Papa Francisco a los jóvenes:

"La potencia de la vida y la fuerza de la propia personalidad se alimentan mutuamente en el interior de cada joven y lo impulsan a ir más allá de todo límite. La inexperiencia permite que esto fluya, aunque bien pronto se transforma en experiencia, muchas veces dolorosa. Es importante poner en contacto este deseo de «lo infinito del comienzo todavía no puesto a prueba» con la amistad incondicional que nos ofrece Jesús. Antes de toda ley y de todo deber, lo que Jesús nos propone para elegir es un seguimiento como el de los amigos que se siguen y se buscan y se encuentran por pura amistad. Todo lo demás viene después, y hasta los fracasos de la vida podrán ser una inestimable experiencia de esa amistad que nunca se rompe" (CV 290).

Al igual que Beata Imelda, los jóvenes tienen en su interior ese deseo de Dios de encontrarse con ellos y eso los mueve a buscarlo por diversos caminos. Creemos que el ejemplo de Beata Imelda nos pone hoy el desafío de examinar nuestro deseo de Dios y cuánto lo buscamos con sincero corazón. Y allí, en la Eucaristía, Jesús nos espera para recibirnos, abrazarnos, y para que podamos reposar en Él. En un tiempo de comunión espiritual, pidamos a Dios que crezca más y más nuestro deseo de recibirlo en nuestra casa.

¹⁴ González, Benjamín, *Op. Cit.*, p. 127.

¹⁵ Martínez, F., *Espiritualidad Dominicana. Ensayos sobre el carisma y la misión de la Orden de Predicadores*, Edibesa, Madrid, 1995, p. 61.

¹⁶ En Bernal, Luis-Carlos, *Recuperar la fiesta de la Iglesia*, besa, Madrid, 1998, p. 63.

BIBLIOGRAFÍA

Deus caritas est. Carta Encíclica del Papa Benedicto XVI, sobre el amor cristiano, 2005.

Sacramentum Caritatis. Exhortación Apostólica del Papa Benedicto XVI, sobre la Eucaristía, fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, 2007.

Gaudete et Exsultate. Exhortación Apostólica del Papa Francisco, sobre el llamado a la santidad en el mundo actual, 2018.

Christus vivit. Exhortación Apostólica del Papa Francisco, a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios, 2019.

Álvarez-Suárez, Aniano, *Pedagogía mistagógica de la oración*, Edit. Monte Carmelo, Burgos, 1989

Arnaiz, José M., *Místicos y profetas. Necesarios e inseparables hoy*, Ed. PPC, Madrid, 2004.

González Buelta, B., *Ver o perecer. Mística de ojos abiertos*, Ed. Sal Terrae, 2006.

Lafrance, Jean, *Aprender a orar con Isabel de la trinidad*, Editorial de espiritualidad, Madrid, 1984.

Martínez, F., *Espiritualidad Dominicana. Ensayos sobre el carisma y la misión de la Orden de Predicadores*, Edibesa, Madrid, 1995.

Radcliffe, Timothy, *Una vida contemplativa*, Ed. San Esteban, Salamanca, 2001.

Ranher, Karl, Espiritualidad antigua y actual, en *Escritos de Teología, Tomo VII*, Ediciones Taurus, Madrid, 1969.

Von Balthasar, H. Urs, *Sólo el amor es digno de fe*, Editorial Sígueme, Salamanca.

Sobre la biografía de Beata Imelda

Colegio Beata Imelda-Dominicas de la Anunciata de Villa Urquiza, Argentina,
<https://www.facebook.com/beataimeldaupf/posts/2724937984188768/>

Web de *Dominicos*, <https://www.dominicos.org/predicacion/evangelio-del-dia/13-5-2016/beata-imelda-lambertini/>

Web *Domenicane di San Sisto*, <http://www.domenicanedisansisto.org/web/index.php/it/beata-imelda-lambertini>

Catholic.net, <https://www.es.catholic.net/op/articulos/37306/imelda-lamertini-beata.html#modal>

Wikipedia, https://es.wikipedia.org/wiki/Imelda_Lambertini

Santoral Wiki, https://santoral.wikia.org/es/wiki/Beata_Imelda_Lambertini